Arbol de odio

para mas info bredicion2@gmail.com

ARBOL DE ODIO

La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico

POR

PHILIP W. POWELL



EDICIONES
José Porrúa Turanzas, S. A.
MADRID

Título original:
«TREE OF HATE»
Basic Books, Inc.

Traducción:
Carlos Sáinz de Tejada

Impreso en España
Printed in Spain

Depósito legal: M. 18.591-1972

EDICIONES JOSÉ PORRÚA TURANZAS, S. A.
CEA BERMÚDEZ, 10
MADRID (ESPAÑA)

Talleres Gráficos Porrúa.-José, 10.-Madrid

Para DIANA LINDA

Una joven de ejemplar coraje

Jamás podría yo descubrir de qué raíz este extenso y fecundo árbol de odio de España hacia nosotros, y de nosotros hacia España, comenzó a engendrarse.

¿No? Entonces te lo diré: sazonemos nuestro dolor con este discurso.

ANTIGUA COMEDIA INGLESA,
Dick of Devonshire, 1625

(I nere could tell from what roote this huge Large spreading Tree of hate from Spayne to us, From us agayne to Spayne, took the first growth.

¿No? Then Ile tell you: let us season our sorrow with this discourse.)

PROLOGO

España, la primera potencia cumbre de los tiempos modernos, fue preeminente en Europa y soberana de un imperio que empequeñeció a los de Roma y Gengis Kan. Asimismo, fue la primera potencia global que asumió lo que vino a llamarse «la carga del hombre blanco», y, simultáneamente, defendió al Mundo Cristiano contra los fuertes embates del infiel euro-asiático.

Con tareas y objetivos de tal magnitud y envergadura, España inevitablemente se agotó a sí misma en sangre y riqueza, y su poderío vino en declive en Europa, donde su prolongado imperio finalmente tuvo que ceder ante Francia e Inglaterra, sus sucesoras en la cumbre. Mas los siglos de su dominio imperial le crearon un conjunto de enemigos que, mezclando temores, envidias y los odios intensos de conflictos religiosos, hicieron que España y sus hijos fueran los primeros en sufrir el impacto de la imprenta como arma de propaganda. El poderío español fue el blanco de ataques devastadores de sus enemigos, que iniciaron la moda en Occidente de denigrar a España y a todo lo español, montando de tal forma su propaganda, que llegaron a confundirla con las verdades de la Historia.

El relato de esta Leyenda Negra, con su deformada visión de una España singularmente depravada, ha de ofrecer especial interés a los ciudadanos de aquella otra potencia, los Estados Unidos de América, ahora en la cumbre de su poderío, que actualmente derrama sangre y riqueza en la doble tarea de defender al Occidente y auxiliar a las naciones subdesarrolladas, en tanto que sufre los golpes de una propaganda a nivel global, calculada para destruirla. Asimismo, para el entendimiento del vasto mundo hispánico, tan vital y trascendente

en la supervivencia de la civilización occidental, es esencial un conocimiento del origen, evolución y perennes frutos de aquel «extenso y fecundo árbol de odio».

PHILIP W. POWELL

Santa Bárbara, California.

PREFACIO A LA EDICION ESPAÑOLA

Las siguientes páginas fueron escritas originariamente en inglés, con destino a mis compatriotas de los Estados Unidos, para familiarizarlos con el crecimiento de la «leyenda negra» antiespañola y las variadas formas en que nuestras opiniones sobre España y los españoles y sobre su historia, han sido torcidas por los odios y difamaciones de propagandas y prejuicios nacidos en tiempos de guerra y de tensiones nacionalísticas. Aunque España y mi país hoy día están en paz, y las animosidades entre los pueblos de habla inglesa y española ya no tienen la virulencia de antaño es, sin embargo, verdad que las pautas de pensamiento «leyenda-negristas» persisten en la estructura educativa de los Estados Unidos y proveen una continuada fricción en ciertos de los aspectos más importantes de nuestras relaciones con los países y pueblos de la Península Ibérica y Latinoamérica.

En exceso difícil es el extirpar o aún contrarrestar esos vestigios de la Leyenda Negra, precisamente porque todavía ejercen influencia poderosa en nuestros círculos intelectuales y de liderato. La tragedia fundamental es que la Leyenda Negra, de por sí un acceso antiintelectual al mundo hispánico, permanezca arraigada con tanta firmeza en los mencionados círculos culturales del mundo angloamericano y, también, en la mayoría de los pueblos occidentales, incluyendo a Latinoamérica. A diferencia de otros prejuicios raciales, religiosos o propagandísticos, esta Leyenda es pocas veces reconocida como tal, y aún menos veces condenada, por los mismos líderes intelectuales que se jactan de luchar contra similares prejuicios de raza, color o religión.

Mis años de compenetración y conciencia de la sensibilidad de

los españoles en particular —así como la de los no hispanos que comprenden y deploran las falacias de la hispanofobia— hacia el carácter difamatorio de la Leyenda Negra y al mal que ha causado, me han movido a presentar esta edición en lengua castellana de mi obra, titulada en inglés Tree of Hate. *Lo hago en la creencia de que la gente de habla española, en cualquier país que se halle, puede beneficiarse de un conocimiento de las diversas maneras en que la Leyenda y sus ecos han ocasionado daños a su reputación, tanto en el pasado como en el presente, perjudicando las interrelaciones de las dos culturas más extensas del Oeste, los mundos de habla inglesa y española.*

Mi más cara esperanza es que un conocimiento amplio de la Leyenda Negra y sus efectos, en ambos nuestros mundos, allanará el camino hacia el establecimiento de vínculos más fuertes de amistad y simpatía, los que considero esenciales para que sobreviva y prospere lo que llamamos «civilización occidental».

PHILIP W. POWELL

INDICE

PARTE I

Dimensiones de la Leyenda Negra.

PARTE II

Crecimiento de la Leyenda.

PARTE III

Ecos de la Leyenda.

PARTE I

Dimensiones de la Leyenda Negra

CAPITULO I

Introducción al sofisma de la hispanofobia

> *«Retráteme el que quisiere»*, dijo don Quijote, *«pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias»*.
>
> Don Quijote, parte II, capítulo 59.

Nosotros, los de Estados Unidos de América, que orgullosamente hemos tratado de ser paladines de los valores en que se apoya la civilización occidental, jamás hemos logrado alcanzar auténtica comprensión y afinidad con una vasta porción de esa civilización, la de habla castellana y portuguesa: y ésto, pese a haber sido los pueblos ibéricos, por siglos, escudo y lanza del occidente cristiano frente al Oriente infiel y ser hoy en día el idioma español, después del inglés, el más extendido entre los de cultura occidental. Desde la Segunda Guerra Mundial, el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos han participado en intentos de aislar a España, no sólo del mundo occidental, sino incluso del conjunto de la comunidad de naciones. Hemos también descuidado peligrosamente o dirigido en forma incompetente, nuestras relaciones con la América Latina, a pesar de que ella constituye la mayor parte del mundo hispánico y a que ha sido piedra angular de nuestra política exterior. Y hemos ignorado, en una postura casi insultante, las justificadas pretensiones portuguesas de obtener la consideración de aliados frente al comunismo euroasiático (1).

Hace ya mucho tiempo que algunos de nuestros ciudadanos vie-

nen advirtiendo que hay algo trágicamente equivocado en estos hechos, y que el abismo entre nosotros y los países hispánicos parece, con frecuencia, que lejos de estrecharse se agranda, contituyendo no sólo un gran peligro mutuo, sino también un arma poderosa para aquéllos que buscan nuestro daño o destrucción. Las causas básicas de este nuestro defectuoso entendimiento con el mundo hispánico, origen de nuestra peligrosa depreciación y consiguiente abandono de esta gran comunidad cultural, están, ante todo —sin que nos hayamos dado perfecta cuenta de ello— profundamente enraizadas en el pasado.

Demasiados han sido los que entre nuestros líderes políticos e intelectuales han visto a la América Latina en términos tan simplistas como Dictadura contra Democracia; o como una aristocracia pequeña y blanca señoreando sobre anónimos millones de siervos indios; o como ejercicio en un vasto proyecto de salvación logrado gracias a nuestras buenas obras y nuestra largueza pecuniaria. Tales abstracciones son absurdamente ingenuas porque carecen de perspectiva histórica. Esta especie de distorsión —un compuesto de nuestra educación defectuosa, de nuestras irreprimibles tendencias misioneras, de una ideología marxista, y a veces contagiada del pánico de que los comunistas en la América Latina alcanzan una estatura de tres metros— viene a ser el último eslabón en una larga cadena de errores a través de la historia. Es el fruto de habernos negado a reconocer, respetar y apreciar con simpatía las complejidades de una vasta sociedad hispano-católica-mestiza-india-negra-mulata que además de ser vital para nuestro bienestar constituye una gigantesca aportación a aquellas tradiciones culturales que anhelamos defender.

Nuestra costumbre nacional e inveterada de mirar con condescendencia y valorar con ingenuidad los acaecimientos del mundo hispánico, es un hábito que arranca de nuestras escuelas elementales y se remonta y extiende hasta nuestras universidades, para llegar a la misma Casa Blanca, y tiene su origen en antagonismos ancestrales que han llegado a convertirse en prejuicios perennes, tan injustificados como peligrosos.

No es fácil discernir la profundidad de este prejuicio, especialmente si se disfraza por contingencias en cierto modo superficiales, tales como una crisis política en Argentina, una revolución en Guatemala, un episodio en Bahía de los Cochinos o el secuestro de un embajador en Uruguay. Este prejuicio desafía su propia enmienda, ya que se filtra entre muchos de nuestros maestros, escritores, intelectuales y políticos, que rigen nuestras actitudes hacia los países hispánicos, así como las relaciones entre ellos y nosotros.

El hecho de que estas preconcebidas ideas formen un complejo básicamente antiespañol, con sus raíces en un pasado lejano, es poco conocido y aún menos sopesado. (Lo español en la América Latina es para nosotros menos afín que la compasión que sentimos por el indio americano.) Y es la profundidad de tales raíces lo que las oculta de la vista de una gente para quien el sentido de historia no pasa de consultar los titulares del periódico de ayer. Pero con frecuencia se ven las ramas y el fruto de esta actitud: desdén y abandono de la cultura hispánica; arrogancia gubernamental; condescendencia turística; un ofensivo exclusivismo social en la tendencia a «hacer colonia» en el extranjero (forma especial de *apartheid*); o una fe infantil en que podemos producir expertos sobre Latinoamérica en veinticuatro horas.

Es lamentable en extremo que los mitos de la hispanofobia en Occidente, y de modo particular en nuestro país, lleven la etiqueta de respetabilidad intelectual. Esto contrasta con prejuicios tales como el de la «supremacía blanca» o el denominado antisemitismo que, muy al contrario, no llevan tal pasaporte, por lo que es ciertamente difícil el hacerse oír sobre cuanto se encierra de falaz en la Leyenda Negra. Nuestros intelectuales, por lo general, sienten y demuestran menosprecio por la cultura hispana, atribuyéndole singular atraso. Precisamente porque esta manera de pensar ha permanecido tanto tiempo infiltrada en nuestros círculos intectuales y en las altas esferas de la dirección política, necesita imperiosamente atención aún mayor que la que hemos otorgado a otras injusticias raciales y culturales.

Los conceptos hispanofóbicos que más han influido en la deformación del pensamiento occidental, tuvieron su origen entre franceses, italianos, alemanes y judíos, y se propagaron de forma extraordinaria durante los siglos XVI y XVII, merced al vigoroso y múltiple empleo de la imprenta. A mayor abundamiento, las pasiones de la Reforma Protestante, mezcladas con los intereses antihispanos de Holanda e Inglaterra, contribuyeron a formar un ambiente propicio para el desarrollo del amplio y frondoso «árbol de odio» que floreció y se puso muy de moda en el mundo occidental durante la época de la Ilustración del siglo XVIII, cuando tantos dogmas de hoy tomaron forma clásica.

La escala de los héroes de la anti-España se extiende desde Francis Drake hasta Teodoro Roosevelt; desde Guillermo El Taciturno hasta Harry Truman; desde Bartolomé de Las Casas hasta el mejicano Lázaro Cárdenas, o de los puritanos de Oliverio Cromwell a los comunistas de la Brigada Abraham Lincoln —de lo romántico a lo prosaico, y desde lo casi sublime, hasta lo absotutamente ridículo. Hay mucha menos distancia de concepto que la que hay de tiempo entre el odio anglo-holandés a Felipe II y sus ecos en las aulas de las universidades de hoy; entre la anti-España de la Ilustración y la anti-España de tantos círculos intelectuales de nuestros días.

La deformación propagandística de España y de la América Hispana, de sus gentes y de la mayoría de sus obras, hace ya mucho tiempo que se fundió con lo dogmático del anticatolicismo. Esta torcida mezcla perdura en la literatura popular y en los prejuicios tradicionales, y continúa apoyando nuestro complejo nórdico de superioridad para sembrar confusión en las perspectivas históricas de Latinoamérica y de los Estados Unidos. Sería suficiente esta razón para inducir al profesorado y otros intelectuales a promover y favorecer cuanto contribuya a eliminar los conceptos erróneos vigentes sobre España.

Por lo general, la propaganda efectiva está dirigida por intelectuales que se entregan apasionadamente a una causa, o bien lo hacen por

determinada recompensa —hombres familiarizados con los medios adecuados para moldear el pensamiento de los demás. Esto es lo que a menudo ha sucedido con las propagandas antiespañolas, tanto en los tiempos pasados como en la actualidad. Por desgracia, esta entrega de líderes intelectuales a misiones propagandísticas, tanto en el curso de los siglos XVI y XVIII como en el XX, ha determinado con frecuencia un excesivo éxito en la santificación del error. Cierto es que la Leyenda Negra ha tenido detractores de gran talla intelectual desde sus comienzos, pero no es menos cierto que tales refutaciones nunca han gozado del grado de difusión alcanzado por las mentiras destinadas a mover o manufacturar prejuicios populares. La erudita oposición a las falsas interpretaciones populares de los hechos históricos españoles, ha estado circunscrita a círculos limitados, y el número de los bien informados sigue siendo reducido por falta de un vigoroso esfuerzo contrario.

Sobre héroes nórdicos y villanos españoles

«El mito nórdico débese no poco al hecho de que los mapas se cuelgan con el Norte en alto y el Sur abajo».

SALVADOR DE MADARIAGA (2).

El estereotipo del español, según nuestros textos escolares, literatura popular, cine y televisión, es el de un individuo moreno, con barba negra puntiaguda, morrión y siniestra espada toledana. Se dice que es, por naturaleza, traicionero, lascivo, cruel, codicioso y absolutamente intolerante. A veces toma la forma de un encapuchado inquisidor, malencarado. Más recientemente, y con menos acritud, se le ha presentado como una especie de astuto, escurridizo, semidiabólico y donjuanesco «gigolo». Pero sea cualquiera la descripción que de él se haga, lo más frecuente es que se le presente contrastándolo con el «ego» nórdico.

El conflicto histórico y literario entre el héroe nórdico y el villano español, tan popular en el mundo de habla inglesa, que se remonta a la época de Francis Drake y de la Armada Española, ha moldeado en nosotros, al igual que en nuestros mayores, una firme fe en la superioridad nórdica. Aquel villano español de la obra, continúa personificando las perversidades de la Iglesia Católica-Estatal; la barbarie de la conquista del Nuevo Mundo, y un genérico concepto de inferioridad moral-físico-intelectual, en contraste con las virtudes de los nórdicos (3).

Desde los libros de texto a las novelas de capa y espada y viceversa, a los villanos españoles raramente se les concede una oportunidad frente a los héroes nórdicos. Tal vez sea mejor, pues al contrario de las creencias populares, el auténtico español, especialmente en su apogeo imperial, fue un soldado y diplomático de primera clase, con muchas victorias en su haber; podría significar una gran desilusión para nuestros escolares y público el conocer cuán a menudo desbarató los planes de nuestros antepasados anglosajones. Vayan como prueba unos pocos ejemplos: la derrota de Juan Aquines (John Hawkins) y Francis Drake en Veracruz (Méjico) en 1568; la airosa defensa de Cartagena de Indias contra la flota de Lord Vernon en 1740; la derrota por los hispanoargentinos de dos intentos sucesivos de invasión inglesa en 1806 y 1807; el fracaso del proyecto de Cromwell contra las Indias Españolas, en contraposición con sus grandes objetivos; y un éxito general al mantener, e incluso aumentar, sus dominios americanos no sólo contra los ingleses, sino contra cuantos les amenazaron y atacaron.

Así es que para describir el estereotipo español, los dados de nuestra literatura están normalmente cargados. ¿Quién, pongo por caso, oyó alguna vez comentar la humanidad y buenos modos de los conquistadores españoles, con independencia de que tuvieran vicios y virtudes iguales o parecidos a los ingleses de su época, como Enrique VIII e Isabel I? (Walter Raleigh fue, en realidad, un tipo renacentista español vestido a la inglesa.) O, por casualidad, ¿pudo haber detrás de aquella siniestra espada toledana un auténtico héroe, hon-

rado y generoso? (un par de excepciones curiosas pueden hallarse en mi bibliografía, páginas 252-253). O, ¿es posible que existiera un inquisidor español de cultura, justicia y humanidad? ¿O tal vez un bizarro capitán de marina española, generoso y caballero en su victoria, digamos, sobre un inglés?

Acompañando a este villano hay otros personajes literarios igualmente estereotipados. Tales como la figura del «buen fraile», un misionero sentimentalmente eficaz en revelar los defectos de los otros españoles. Estos padres son una especie de eco continuado del defensor de los indios, fray Bartolomé de Las Casas, y posiblemente reflejan el hecho de que una gran parte de la historia de España en América fue escrita por clérigos que no tuvieron reparos al criticar a soldados, capitanes u otros oficiales seculares con quienes estaban en desacuerdo.

También encontramos al hacendado implacable, tiránico y duro de corazón, y la del escurridizo, traidor y «grasoso» mejicano (el epíteto en inglés «greaser»), que simbolizan, en cierto sentido, la depravación española y que han ganado una considerable popularidad en los escenarios de Hollywood y particularmente en las películas de «cowboys». Sirva de ejemplo la siguiente descripción: «... ella ordenó que viniese el mejicano, y al punto se presentó un ignominioso ejemplar de su raza, escurridizo y servil, de ojos amarillentos y con incrustaciones de nicotina en su mismísima alma» (Max Brand, *Destry Rides Again,* p. 69).

Otro tipo clásico es el del bandolero, guerrillero duro y feroz y testimonio de que los españoles sólo son aptos para la lucha de guerrillas y que por ello la Península ha sido singular semillero de bandidos. La obra de Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas* y después la película, ayudaron a actualizar el eco del guerrillero español, aunque suavizándolo con simpatías políticas y con Ingrid Bergman.

El tradicional y ficticio villano español está sobrepasado en sus tintas por lo grotesco de la literatura de viaje que toca a España y a su pueblo. Esta clase de deformación comenzó a últimos del siglo XV y a principios del XVI, cuando los viajeros italianos y algunos

otros comenzaron a crear el tipo español racialmente inferior, tenebroso, traicionero y excesivamente arrogante.

Los compatriotas de Maquiavelo manuscribieron las primeras narraciones de viajes en España, extensamente divulgadas, iniciando así el hábito de exagerar y deformar sus costumbres a base de conocimientos superficiales. Estas prácticas se manifestaron en expresiones como éstas: «Son miserables y ... consumados ladrones ... no tienen aptitudes para la literatura ... En apariencia son religiosos, pero en realidad no lo son ... Son tan descuidados en lo que respecta al cultivo de la tierra y tan lerdos para las artes mecánicas, que lo que en otros lugares se haría en un mes, ellos lo hacen en cuatro» (4).

Los famosos embajadores italianos que hicieron tales comentarios en la época en que los españoles entraban en su Edad de Oro imperial y cultural, iniciaron la costumbre de hacer observaciones desfavorables, que aún continúa en la actualidad. «Estos relatos, traducidos al francés y al inglés, contribuyeron poderosamente a crear una imagen fantástica de España y de los españoles, pues aun teniendo bastantes cosas ciertas, contenían también bastantes exageraciones» (5).

Las desfiguraciones en las narrativas extranjeras alcanzaron tal dimensión a últimos del siglo XIX, que al famoso novelista español Juan Valera le movieron a zaherir con amargos sarcasmos a los que se habían tragado los ridículos estereotipos de su país:

> «Cualquiera que haya estado algún tiempo fuera de España podrá decir lo que le preguntan o lo que dicen acerca de su país. A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca; y conmigo se han lamentado personas ilustradas de que el traje nacional, o dígase el vestido de majo, no se lleve ya a los besamanos ni a otras ceremonias solemnes, y de que no bailemos todos el bolero, el fandango y la cachucha. Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa de que casi todas nuestras mujeres fuman, y de que muchas llevan un puñal en

> la liga. Las alabanzas que hacen de nosotros suelen ser tan raras y tan grotescas, que suenan como injurias o como burlas» (6).

Un escritor de finales de siglo se lamentaba de que la mayoría de los viajeros a España nunca se tomó la molestia de informarse sobre el país antes de visitarlo, o de aprender algo de su idioma, cosas tan indispensables para comprender sus costumbres (7). Ambas observaciones pueden aplicarse todavía; últimamente tenemos al turista gracioso, con afición a los toros, que pretende ilustrarnos sobre cosas de España, tras las huellas de Hemingway y Barnaby Conrad. Los «hinchas taurinos» han infestado la Península durante algunos años; ¡si ve usted venir a alguno, escóndase y rece para que no venga a escribir un libro sobre España!

Hay otros pueblos y naciones que tienen que soportar «tipismos» clásicos y caricaturas nacionales o raciales, pero sufrir a un tiempo una historia deformada intencionadamente y un tipo de literatura para viajeros sobrecargado de ofensas, ha correspondido a España en medida, por cierto, superior a sus merecimientos. Sería menos malo si esta mescolanza de prejuicios consistiera sólo en el enamorado andaluz, lánguidamente romántico, con guitarra bajo el balcón, o en un Tyrone Power torero, pisando la sangre y arena de Hollywood o en una Carmen apasionada y trágica con navaja en la liga. Algunos españoles, en realidad, se quedaron un poco perplejos cuando vieron a *Carmen Jones;* ya se habían acostumbrado, con resignación, a la advenediza Carmen de Bizet, y pensaron que la extravagante versión achocolatada había ido demasiado lejos pero, tomándoselo a broma, sacaron el mejor partido de ello: «[Carmen] ya no nos pertenece, ni aun como hermana adoptiva. Aunque, si bien lo pensamos, ¿qué es esta Carmen Jones, negra bellísima, sino una muestra y una prueba más del poder expansivo y universal de lo español? Auténtica o importada, la españolada puede contagiar a otras razas y ambientes» (*ABC,* Madrid, 6 de mayo de 1955).

Si las caricaturas clásicas se redujeran al tacaño escocés, al fran-

cés faldero, al judío usurero, al Coronel Blimp, la «nana negra», o al bocazas yanqui en tierra extranjera, podríamos calificarlo de entretenimiento inocente y dejarlo estar, pero algunas deformaciones están tan cargadas de odio e insultos ofensivos, que el daño que producen es demasiado grande para tomárselo a broma o repararlo. En grado semejante sufrimos las noticias tendenciosas de *Pravda* e *Izvestia* sobre nosotros y nuestra historia, como aquellas exageraciones relacionadas con linchamientos de negros, guerra bacteriológica en Corea, versiones del martirio de los Rosenberg, o las aberraciones poéticas de Yevtushenko, que sacan partido de la tragedia universitaria de Kent State, delineando ante el mundo una imagen de los Estados Unidos aceptada por muchos indiscriminadamente. Algo similar sucede con la insidiosa literatura antiyanqui en Latinoamérica que, durante más de medio siglo, ha contribuido mucho al agriamiento progresivo de las relaciones entre las dos Américas, creando una caricatura de nuestra nación de carácter injurioso y de amplia difusión. Al igual que ocurrió en los siglos de difamación de España, sucede ahora con el concepto que nuestros vecinos del sur tienen sobre nosotros, que no es otra cosa que un brebaje venenoso, en cuya composición entran verdades, medias verdades, propaganda, prejuicios y conveniencias políticas fácilmente explotadas por nuestros enemigos jurados. Más que dólares, necesitaríamos de inteligencia para contrarrestar los efectos de esta «leyenda negra» que nació entre la intelectualidad latinoamericana y que sigue perpetuándose por sus propios autores.

Al judío, a quien le interesa la justicia histórica, y que quizá esté todavía amargado por el veneno del famoso *Protocolos de los Sabios de Sión* o más recientes propagandas antijudaicas, le costaría poco esfuerzo el comprender lo que ha sufrido España, aunque sus correligionarios hayan contribuido mucho a la difamación de élla (8). Una desapasionada reflexión sobre la naturaleza del daño hecho a nuestra psicología nacional por los tipos creados en Hollywood del arrogante y perverso oficial alemán, que siempre resulta burlado por esos magníficos individuos del Servicio de Inteligencia

Británico o Americano, facilitaría buenos ejemplos para cualquier ponderado ensayo sobre la infamación propagandística de Felipe II y sus vasallos.

Definiciones de la Leyenda Negra

Los principales pilares sobre los que descansa la Leyenda Negra antiespañola son: (1) El terror, envidia y odio de los que chocaron con el poder español: político, militar, económico o religioso en Europa, durante casi cuatro siglos después del XIV, y que fueron, principalmente, italianos, ingleses, holandeses, alemanes, franceses, judíos y portugueses; (2) Antagonismos similares de aquellos pueblos y naciones que quisieron disputar a España su dominio sobre el Nuevo Mundo: Holanda, Inglaterra, Francia y Portugal; (3) La intencionada difamación de determinados personajes españoles de mayor relieve, como Torquemada y Felipe II; o de ciertas instituciones y actuaciones españolas, como la Inquisición, la conquista y colonización del Nuevo Mundo y su política de exclusivismo, el saqueo de Roma —difamación practicada por escritores pertenecientes a naciones rivales; (4) La fusión de los apartados 1, 2 y 3 en una campaña de descrédito más intelectualizada, presentando a España como el «horrible ejemplo» de todo lo que la Ilustración hubo de atacar, tal como las iniquidades de la Iglesia-Estatal, intolerancia, tradicionalismo y oscurantismo, en forma más racionalizada y dogmatizada, en los siglos XVIII y XIX; (5) Indiscriminada aceptación popular, y lo que es peor, intelectual, de las patrañas antiespañolas, particularmente en aquellas naciones y pueblos que amoldaron el pensamiento occidental después de que España perdiese su hegemonía en Europa.

La Leyenda Negra es descrita a veces como una acumulada difamación de la actuación de España en las Américas, pero esta definición no es completa; se deriva principalmente de la tendencia de

los americanistas a truncar su punto de vista sobre el mundo hispánico, para aventurarse, con poca inclinación, hacia el este de la antigua Línea de Demarcación. Asimismo proviene de la amplia propaganda holandesa e inglesa contra el imperio español de ultramar. Esta limitación a menudo exagera, relativamente hablando, la importancia del obispo español Bartolomé de Las Casas y su colérica condenación de la conquista española del Nuevo Mundo (ver capítulo segundo, páginas 42-52). Como veremos, hay otros significativos aspectos del origen y desarrollo de la Leyenda Negra.

Al español Julián Juderías, que fue el primero en dar amplia publicidad al título de «Leyenda Negra», a primeros de este siglo, se le puede atribuir la definición, generalmente satisfactoria, que sigue:

> «Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación, o, por lo menos, la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, y, finalmente, la afirmación contenida en libros al parecer respetables y verídicos y muchas veces reproducida, comentada y ampliada en la prensa extranjera, de que nuestra Patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas.
>
> «En una palabra, entendemos por leyenda negra la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas; enemiga del progreso y de las innovaciones; o, en otros términos, la leyenda, que habiendo empe-

> zado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la Reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces, y más especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional» (9).

La premisa básica de la Leyenda Negra, es la de que los españoles se han manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, intolerantes, tiránicos, obscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos, y traicioneros, y que se diferencian tanto del resto de las gentes en estos rasgos, que ellos y su historia deben ser examinados y entendidos en términos no aplicables a las características de otros pueblos. Por ello, a los españoles que vinieron al Nuevo Mundo en busca de oportunidades más generosas que las que el ambiente europeo les ofrecía, les calificamos con desprecio de codiciosos y crueles «goldseekers», u otros epítetos equivalentes a «diablos». En cambio, a los ingleses que llegaron al Nuevo Mundo en busca de semejantes oportunidades, les denominamos respetuosamente «colonizadores», «homebuilders», o «paladines de la libertad» (10). El siguiente ejemplo demuestra a la perfección este curioso método de pensamiento, incluso a nivel universitario. Un distinguido catedrático de historia, escribió en dos de sus textos ampliamente divulgados: «[Los Estados Unidos] se constituyeron por «homemakers» y «state builders» (*) animados de ideas inglesas de autogobierno: Méjico fue conquistado por aventureros españoles que deseaban regresar a su país con el botín». «Los conquistadores llegaron procedentes de España, en busca de su fortuna, en forma de oro y plata y con el deseo de regresar con élla a su tierra lo antes posible» (11). La verdad es, por supuesto, que las casas más antiguas de América son aquéllas construidas por los conquistadores españoles,

---

(*) La palabra «homemaker» implica, en inglés, gente que construye casas para sus familias, y se usa en contraste con la idea popular que tenemos de que los españoles no establecieron hogares en el Nuevo Mundo. La frase «state builders» quiere decir constructores de entidades políticas, tales como estados [P. W. P.].

que vivieron en éllas tan hogareñamente como debe entenderse la palabra colono, es decir, «homemaker».

La acción de los españoles al expulsar o castigar a disidentes religiosos, vino a ser conocida como fanatismo, intolerancia y causa de su decadencia. Cuando los ingleses, holandeses o franceses hicieron lo mismo, se calificó el hecho como un esfuerzo para «unificar la nación» o salvaguardarla contra traición o conspiración ajena. La matanza de indios por españoles se dio a conocer como «atrocidades» o «despiadada exterminación», pero cuando los ingleses persiguieron a los irlandeses hasta matarlos por millares en sus propios pantanos o degollarlos después de haberse rendido, a ésto se le denominó «el problema irlandés».

Se da siempre un sórdido matiz al interés español en aprovecharse del beneficio de la riqueza mineral del Nuevo Mundo, pero cuando esta misma riqueza les fue robada por los «Lobos de Mar Isabelinos», ésto se consideró como un escalón heroico en el desarrollo de Inglaterra como nación y como imperio. De la misma forma, cuando los angloamericanos chocaron unos con otros en su carrera por el oro californiano, ésto se describió como «la piedra angular» de «una gran nación» (12).

Dando a esta clase de injusticia comparativa un giro moderno, cuando Francisco Franco trató de alertar al Occidente sobre la amenaza del comunismo ruso, en 1944, y se ofreció como intermediario entre el Eje y las Naciones Aliadas para contener el avance ruso hacia el previsible vacío que supondría una Alemania incondicionalmente rendida, esta advertencia fue rechazada por su procedencia «fascista»; cuando recibimos el mensaje de Churchill del «Telón de Acero», en 1947, y comenzamos a tomar medidas defensivas frente a nuestro ex-aliado rojo, a ésto se le llamó algo así como «liderato del mundo occidental» (13). En esencia, si uno desea entender las típicas opiniones occidentales sobre España y su historia, debe dominar un vocabulario especial. Y hay abundante ironía en la reciente realidad por la que se exhorta a que aprendamos asimismo una terminología distintiva con el fin de entender la voz del comunismo ruso.

Es una creencia común la de que ya desde hace varios siglos España ha estado al margen del mundo occidental. ¿Hay, quizás, algo que pueda decirse sobre la otra cara de esta moneda? El distinguido humanista español, Américo Castro, seguramente pensaba de esta manera cuando escribió: «Nosotros tenemos que buscar el significado de lo que es civilización española y sus altos valores, independientemente de la idea de felicidad material... Hoy, más que en cualquier otro momento de la historia del mundo, podemos contemplar con serenidad este estado de cosas, porque hoy resulta oportuno preguntar si este llamado 'progreso', que tiene como base un puro intelectualismo y un insaciable deseo de placeres epicúreos, si este 'progreso' no será, después de todo, más fructífero en horrores que en beneficios» (Conferencia Inaugural, Universidad de Princeton, 1940). Treinta años después, estas palabras son aún más oportunas.

La cuestión sobre la otra cara de la moneda, si se examina seria y justamente, puede dar lugar a enojosos interrogantes como: ¿Alcanzó España las grandes alturas de su «Edad de Oro» intelectual a pesar de la Inquisición, o precisamente a causa de élla? Preguntas que parecen sencillas de contestar, a primera vista, y cuyas respuestas automáticas encajan tan cómodamente en nuestras preconcebidas nociones, que las aceptamos como las menos peligrosas. En páginas sucesivas, sin embargo, tocaremos esta cuestión más arriesgadamente.

La propaganda y falsos conceptos relativos a la conquista, gobierno y acción cultural españoles en las Américas, no están, cronológicamente, en primer lugar de la historia de la Leyenda Negra. Sin embargo, en atención a que Latinoamérica es hoy tan vital para nosotros, tan a menudo malentendida en su historia y tan vinculada a la más penetrante imagen y características de esa Leyenda, examinemos primero la actuación fenomenal de España en el Nuevo Mundo. Contrastando mitos comunes y dañinas medio-verdades, con puntos de vista eruditos, estaremos mejor preparados para entender la naturaleza engañosa de una Leyenda que con tanta resonancia y tales efectos ofensivos ha llegado a nuestros días.

CAPITULO II

España en América: lo real y lo irreal

«La atroz codicia, la inclemente saña, Crimen fueron del tiempo y no de España» (1).

«El error más peligroso es aquel que contiene mucha verdad».

SYDNEY SMITH

La dominación española en las Américas, que abarcó más de tres siglos (cuatro, si incluimos a Cuba y Puerto Rico) fue uno de los logros imperiales más importantes en toda la historia. Al descubrir a la vista de Europa tan vastos territorios, y al asumir entonces su dirección política, los españoles extendieron enormemente los horizontes materiales e intelectuales de la humanidad. La única acción que puede parangonarse con las actividades de España más allá de los confines del mundo entonces conocido, sería la exploración del espacio en el siglo XX. Si restringimos la comparación a los límites terrestres, esta formidable hazaña española se equipara con ventaja a la creación y durabilidad de los imperios romano e inglés, nada menos.

La amplitud y complejidad de este proceso imperial español asombran la imaginación y confunden a los eruditos. Son numerosas las pruebas que por escrito existen de él, ya que probablemente sea aquel el período mejor documentado de toda la historia anterior al siglo XIX (2). La inmensidad de la burocracia del Imperio Español, con un énfasis característicamente hispano sobre la jurisprudencia y sus correspondientes legiones de abogados, agregado a la preocupación real de conservar los archivos, aseguró el que enormes cantidades

de documentos oficiales —cuño, parece, de las altas civilizaciones— dieran prueba de la acción de España en ultramar.

Aquellos siglos imperiales fueron ricos en diversidad humana. En adición al multifacético español, otros europeos y africanos de diferentes clases y niveles de cultura, amén de indios nativos, asimismo de variados matices y timbres, formaron un caleidoscopio de la peor, mejor o indiferente clase humana. Se extendieron a través de la enorme diversidad e inmensidad geográfica del Nuevo Mundo, originando terribles problemas de carácter social, político y económico, que aún subsisten.

Son frecuentes en demasía, las generalizaciones defectuosas sobre esta extensa zona y sus varios siglos de historia, incluso entre aquellos más familiarizados con tales materias. Todavía no se ha estudiado la documentación en escala suficiente; las variantes geográficas son tantas; la mezcla racial y cultural de europeos, indios y africanos es tan confusa que, incluso para expertos, resulta difícil el establecer juicios definitivos. La abrumadora complejidad de todo ello —a menudo ignorada por profesores y escritores— es la realidad: las generalizaciones simplistas, la irrealidad.

En comparación con los puntos de vista comúnmente mantenidos sobre la acción de España en América, ciertos hechos e interpretaciones, basados en investigaciones eruditas y agregados a cierta dosis de lógica y a algún conocimiento del comportamiento humano, pueden ser propuestos para la revisión de las falsas interpretaciones populares. Así con mayor claridad, se podrán indicar las causas de estos conceptos erróneos, hondamente arraigados en los temas de la Leyenda Negra.

La conquista española

La creencia común de que la conquista española en América estuvo sistemática y profundamente caracterizada por singular crueldad,

codicia, rapacidad y corrupción general, no se corrobora con la evidencia. Digámoslo lisa y llanamente: *No existe nada en toda la historia española que pruebe que los españoles de entonces o de ahora puedan clasificarse como más crueles, más ambiciosos o más corrompidos que otros pueblos.* No creo en la existencia de ningún intelectual respetable que, libre de prejuicios raciales y religiosos, pueda contradecir esta afirmación.

Conquistas de esta naturaleza, por pueblos de alta civilización que dominan sobre otros inferiores, han ido, con mucha frecuencia, acompañadas de crueldades por una y otra parte, saqueos, depredaciones y atrocidades, que tanto contendientes como espectadores calificarían de criminales. El simple hecho de que los seres humanos, sean civilizados o salvajes, estén involucrados en éllo, corrobora y confirma este aserto. Hay sobradas pruebas de haberse cometido tales inhumanidades, tanto por parte de los indios como de los españoles, durante el período de la Conquista. Hay, asimismo, suficiente evidencia de que tales atrocidades se consideraron y castigaron como crímenes cometidos contra las leyes vigentes y, como actos punibles, fueron en lo posible castigados según los principios de justicia de las naciones y sociedades más civilizadas. Cuando se reconoce, se comprende y se acepta que la España del período de la Conquista era una nación hondamente civilizada y de un nivel cultural muy alto a la medida de aquella época, estos criterios y actuaciones resultan del todo comprensibles. En jurisprudencia y diplomacia, así como en materias de orden religioso, político y en general en lo relativo a todas las ramas de la cultura, ostentó España durante todo el siglo XVI y gran parte del siguiente, un prestigio cumbre entre las demás naciones europeas.

Es común la creencia británica, que nosotros heredamos, de que los ingleses hubieran tratado a los indios americanos de forma más humana que los españoles. No hay ni una sola brizna de evidencia en qué apoyar este punto de vista comparativo y sí, por el contrario, argumentos y pruebas en su contra. En circuntancias similares, nuestros antepasados ingleses trataron a los indios con una dureza y cruel-

dad iguales, si no peores, al comportamiento de los españoles. El gobierno y pueblo inglés y sus descendientes en el Nuevo Mundo mostraron, en su mayor parte, una manifiesta indiferencia por la protección y bienestar del indio americano, indiferencia que se destaca especialmente si se la contrasta con los enormes esfuerzos españoles, tanto gubernamentales como individuales, en un sentido diametralmente distinto.

La afirmación inglesa, «nosotros hubiéramos tratado a los indios mejor que lo hicieron los españoles», es una tesis que se remonta a la época isabelina y que queda bien reflejada en la literatura popular. En una biografía de Francis Drake, del año 1942, por ejemplo, el autor insiste en que Drake puso de manifiesto que «el método inglés de ganarse amigos de razas inferiores, es mejor que el procedimiento [español] de convertirlos en esclavos por medio de matanzas y crueldades». Los españoles «no aprendieron nunca esta lección. Vivieron entre nativos dóciles y cordiales y los mataron y se quedaron sin servidumbre. Emplearon la tortura y se conquistaron acerbos enemigos. Jamás se dignaron hacer amistades con inferiores. Eran los señores del mundo. Para sus esclavos sólo tenían mano de hierro y bota de acero» (3). Esto ni se aproxima a una descripción exacta de la política española en Indias, ni a la de Inglaterra por contraste. Más de un libro podría escribirse sobre la diplomacia española entre las razas nativas, que incluyó presentes, honores y distinciones, protección y privilegios, educación, y una serie de acciones que hoy en día serían automáticamente calificadas de prácticas y humanitarias.

Para aquéllos que aún puedan creer en el mito de que el humanitarismo inglés fue superior en contraste al de los españoles, hay mucha literatura rectificadora. A título de ejemplo, podemos citar aclaraciones como las siguientes:

> «El reinado de Isabel fue uno de los más cruelmente bárbaros, en comparación con el cual las medidas represivas de María eran insignificantes. Y a este reinado, sucedió otro de igual crueldad, bajo Jacobo I ... El pueblo [en el tiempo de Carlos I] había sido formado

en estos métodos crueles de sus gobernantes anteriores y llegó a ser tan feroz como sus reyes Enrique, Isabel o Jacobo» (4).

«Del estudio de la Europa contemporánea [esto es, en particular, la del siglo XVI], se desprende claramente el patrón universal de crueldad, intolerancia e inhumanidad que caracterizaba la vida social, religiosa y económica del continente. El humanitarismo era, por aquel entonces, un simple concepto de relaciones humanas aún en estado latente y sin desarrollar, siendo por el contrario universal el desprecio de los derechos inherentes al individuo. Para un conquistador, el comportarse de forma compasiva hacia el conquistado, se consideraba generalmente todavía, como un signo de debilidad» (5).

«Los hábitos de 'terror' adquiridos por los ingleses durante su prolongada agresión contra los últimos Celtas, en las montañas de Escocia y los pantanos de Irlanda, cruzaron el Atlántico y se practicaron sobre los indios norteamericanos» (6).

Algo de la equivocación nuestra y de los ingleses sobre esta materia, procede de utilizar actitudes de los siglos XIX y XX como plataformas para lanzar cohetes moralizadores hacia los españoles del siglo XVI. Pero algo de ello está también basado en el general complejo de superioridad nórdico, en nuestra actual simpatía por el pobre indio y, lo que es más importante, en el simple desconocimiento de la historia de España e Hispanoamérica. En tanto que toda persona de habla inglesa está perfectamente enterada de, digamos, la victoria de Cortés y la consiguiente matanza de indios, cosa natural en tiempo de guerra, ni uno entre diez mil se enteró jamás de los sinceros intentos de los conquistadores y oficiales reales de evitar y prevenir tal disminución indígena, durante y después de la Conquista.

El decrecimiento de esta población, debido a múltiples causas, constituyó una seria preocupación para la monarquía y representantes del Rey de España, a lo largo del siglo XVI e incluso más adelante,

y se trató repetidamente en cédulas reales, correspondencia virreinal, etc. Es por ello, por lo que el profesor Lewis Hanke, uno de nuestros expertos sobre Latinoamérica, puede hacer declaraciones como esta: «Ninguna nación europea (con la posible excepción de Portugal) se responsabilizó de su deber cristiano hacia los pueblos nativos, tan seriamente como lo hizo España» (7).

Es opinión popular, y con demasiada frecuencia aceptada como doctrina, que prácticamente todos los españoles vinieron al Nuevo Mundo como buscadores de oro, con una desdeñosa insinuación de que en ello había algo reprensible. El «goldseeker» español llegó a ser un estereotipo desde hace siglos y en tal forma perdura hasta nuestros días. Que para los españoles no era el oro su interés único y fueron atraídos al Nuevo Mundo por otras muchas cosas, queda patente en estas palabras del profesor Irving Leonard:

> «El conquistador ... tenía una poderosa razón para buscar tan implacablemente el oro, tan indispensable en la nueva economía [de Europa]. Si estaba tan seducido por un símbolo de riqueza y eventualmente pagó muy caro por su equivocación, en su propia ruina y en la de su país, no fue el único en la historia de la humanidad, y hay pruebas en tiempos más modernos, de que otros no han aprendido su lección ... Después de 1500, particularmente, la imaginación [del conquistador] estaba enardecida hasta casi una exaltación mística, de aventura y romance por los muchos libros que empezaban a brotar de las imprentas. Estos [los libros de caballería], trajeron a su mente enfebrecida la perspectiva de similares situaciones, de lugares fantásticos, riquezas, monstruos y encantamientos, y por eso ardía en descubrir y poseer para sí mismo las realidades que se describían en ellos. La Conquista misma, como resultado de ello, se hallaba imbuida de un espíritu de romance y caballería, que daba a estas expediciones, tal como [Washington] Irving ha señalado apropiadamente, 'un carácter totalmente distinto de empresas semejantes acometidas por otras naciones».